

Formas narrativas e historiografía española: Comentario bibliográfico

ANTONIO MORALES

Lmitada recepción de la nueva historiografía surgida a finales de los setenta, a partir de la crisis de la convencionalmente llamada «historia científica», escasa atención a la «historia con personas», la historia comparada o la historia de otros países. Tales eran algunas de las consideraciones críticas que Esteban de Vega hacía —en el número 6 de *Ayer*, *La historia en el 91*— respecto de la historiografía española de dicho año. No faltaban entonces, sin embargo, como no faltan ahora, obras de notable calidad, homologables a las que, en una línea semejante, se producen en los países de historiografía avanzada, y que aportan nuevos conocimientos o rectifican puntos de vista establecidos en nuestra historiografía.

Sin propósito alguno de exhaustividad, dejando al margen la historia regional y local, hay que referirse, en primer lugar, al libro de José M.^a Jover, *La civilización española a mediados del siglo XIX*¹, cuya novedad está en su segunda parte —la primera reproduce el prólogo del autor al tomo de la «Historia de España», fundada por Menéndez Pidal, dedicada a la España isabelina y al sexenio revolucionario—. Este texto —«Por una historia de la civilización española»— ejemplo de *historia conceptual*, precisa el concepto y diseña el territorio de una disciplina, la *Historia de la civilización española*, primeramente cultivada por Rafael Altamira, y que debe abarcar, para Jover, los marcos geográficos, los espacios de la vida material, el tiempo y las formas de vida, las proyecciones de instituciones y estructuras de poder sobre la vida de una sociedad, las mentalidades, la vigencia social de una concepción del mundo y los comportamientos y la moral social.

La *historia económica* continúa su marcha ascendente, abierta al estudio renovado de problemas fundamentales, desde la aportación de «nuevas evidencias cuantitativas» y de la utilización sistemática del método comparativo. Muestra del nivel científico alcanzado por esta rama de nuestra historiografía, son dos obras colectivas, resultado de sendos coloquios en los que participaron figuras de primera fila, *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en una perspectiva histórica*² y *La independencia americana: consecuencias económicas*³, ambas editadas por Leandro Prados, junto, respectivamente, con Samuel Amaral y Vera Zamagni. En la primera, una serie de trabajos

1. Madrid, 1992.
2. Madrid, 1992.
3. Madrid, 1993.

—Prados, en el suyo, cuantifica el atraso económico de España respecto de los países más desarrollados desde 1890 a 1960— ponen de relieve el papel decisivo que el aislamiento proteccionista tuvo en tal atraso. De la segunda, surge una nueva visión que limita considerablemente las consecuencias económicas, tanto para las colonias como para las metrópolis —el propio Prados establece los reducidos efectos que la emancipación tuvo para los sectores productivos españoles— de la emancipación.

La *historia reciente* del país, desde la instauración de la democracia al presente: la sociedad y su modernización, la internacionalización de la economía, las autonomías y sus problemas, las relaciones internacionales..., se analizan, aportando hipótesis, datos y documentos, en *España fin de siglo*⁴, de C. Alonso Zaldívar y M. Castells.

El papel de las élites económicas y su influencia en la vida política constituye la trama de una serie de relevantes estudios. *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*⁵, de A. Bahamonde y J. G. Cayuela, examina la consolidación social y económica del grupo propeninsular de la élite hispano-cubana, precisando la enorme cuantía de sus patrimonios, su inserción en el mercado mundial y su especial relación con Inglaterra. Se analiza, finalmente, la posterior actuación de esta élite en España, integrándose con facilidad en la cumbre del poder social y político, en un proceso que, iniciado veinte años atrás, continuará a lo largo del siglo XX, sin que 1898 suponga una especial intensificación del mismo. El propio Cayuela, con *Bahía de Ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*, complementa el trabajo anterior, estableciendo las líneas fundamentales, las «directrices» que articularon las relaciones entre España y la Gran Antilla a mediados del siglo XIX, configurando una situación colonial atípica al ser la metrópoli incapaz de integrar plenamente a la colonia en sus procesos productivos. El grupo de presión propeninsular controlará la hacienda y el ejército en Cuba y actuando en La Habana y Madrid, de acuerdo con sus intereses sociales y económicos, incidirá en la política española: «los golpes de timón de 1854, 1866 y 1874 en Madrid tuvieron un fuerte componente habanero»⁶. Una vez más, los intereses cubanos en primera fila: en su investigación *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*⁷, que continúa las realizadas anteriormente con Enric Sebastia, J. A. Piqueras busca «narrando historias» —«Tantas como son posibles y necesarias para (conocer) el correcto funcionamiento de un grupo social específico a través de los individuos que lo integran»— define, en un contexto dialéctico de intereses, de lucha de clases, un grupo social específico, una burguesía valenciana constituida por nobles y alta burguesía de variada extracción. La acción específica de esta burguesía —«modelo regional del clásico patrón moderado»— en la que se integran, jugando un papel decisivo, los intereses coloniales, esclavistas, cuestionados por la «Gloriosa», a través de la Liga de Propietarios de Valencia, conducirá a la Restauración⁸. La formación de la burguesía valenciana de mediados del siglo XIX, nueva,

4. Madrid, 1993.

5. Madrid, 1992.

6. Madrid, 1992.

7. Madrid, 1992.

8. Importantes trabajos de carácter regional sobre el período son los de F. Sánchez Marroyo, *Movimientos populares y reforma agraria. Tensiones sociales en el campo extremeño durante el sexenio democrático*, Badajoz, 1992; y R. Serrano García, *La revolución de 1868 en Castilla y León*, Valladolid, 1992.

apoyada en el control municipal –la ciudad y su *hinterland* fundamentará la dominación y el enriquecimiento– el clientelismo y el parentesco –«el factor fundamental que organiza la vida del burgués es la familia»– y que articuló su actividad económica, junto con las contratas municipales, en el ferrocarril y el puerto de Valencia, es el tema de *La ciudad extensa*⁹, de A. Pons y J. Serna, sólida investigación, rica en aportaciones conceptuales. *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración*¹⁰, de F. del Rey supone un jalón importante en el conocimiento de la «crisis de la Restauración», al introducir unos actores y una perspectiva inéditos: el corporativismo y las organizaciones patronales y los grupos de presión económicos, desde un enfoque prioritariamente empírico pero con una base teórica precisa. Los patronos y sus organizaciones no dominaron a un Estado que quiso constituirse en un poder arbitral. Por el contrario, organizativamente fraccionadas, las asociaciones patronales constituyeron una pieza importante en un asedio en el que participaron otras fuerzas sociales: «Amplios sectores del ejército, las organizaciones obreras, las clases medias profesionales, la iglesia, los republicanos, los nacionalistas periféricos, los carlistas... y si cabe hasta los funcionarios del Estado que, desde sus mismas entrañas, no tenían reparos en minar también sus cimientos. Demasiadas fuerzas y demasiados enemigos para un Estado y para unos gobernantes que, a la altura de 1923, ni siquiera en la figura del propio Rey Alfonso XIII podían encontrar la confianza precisa para continuar manteniendo en pie el edificio político de la Restauración».

La prosopografía, con tratamiento informático, mapas, cuadros y esquemas estadísticos, de una élite intelectual, más de un millar de historiadores, etnólogos, lingüistas, periodistas estudiosos del País Vasco y unas dos mil trescientas obras, constituye uno de los aspectos más relevantes de *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*¹¹, de J. M.^a Sánchez Prieto. Hay también un intento de «cuantificar lo cualitativo», de analizar y comprender «la diversidad de miradas que los historiadores dirigieron al pasado de un pueblo». La antología final de textos extraídos de las obras estudiadas muestra, en su amplitud y complejidad, el «imaginario vasco». La Historia de la Historiografía española, disciplina reciente, da con esta obra, un paso importante en su constitución.

Merecen destacarse algunos libros que suponen una apertura a la historia de otros países –uno de los vacíos más clamorosos de la historiografía española–: *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del ventennio y su representación en España*¹², por Victoriano Peña Sánchez, intenta responder a la pregunta de si hubo o no una cultura propiamente fascista en Italia y de estudiar la propaganda fascista en España, de lo que la revista *La Gaceta Literaria*, dirigida por Ernesto Giménez Caballero, sería su principal vehículo. *La Revolución mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*¹³, de Almodena Delgado Larios, trata de verificar, a través de la prensa, cómo la experiencia mexicana, en función de los distintos intereses, fue convirtiéndose en un centro de referencia, positivo o negativo, para la situación española. Juan Avilés Farré, *Pasión y farsa*.

9. Madrid, 1992.

10. Madrid, 1992.

11. Barcelona, 1993.

12. Granada, 1993.

13. Salamanca, 1993.

*Franceses y británicos ante la Guerra Civil española*¹⁴, estudia rigurosamente el papel ambiguo, en último término inoperante, de las democracias europeas ante la Guerra de España. Francisco Navarro Quintana analiza, *España en Europea, 1931, 1936*¹⁵, la esterilidad de la diplomacia española durante la II República. Rafael García Pérez, en *Franquismo y Tercer Reich*¹⁶, documenta minuciosamente, a partir de archivos alemanes, la deuda contraída por la España de Franco con Alemania por causa de la Guerra Civil, y las relaciones comerciales entre ambos países y sus repercusiones políticas.

El auge de la biografía, la ola de la «historia personal», se empieza a advertir en España. Caracteriza a una serie de biografías recientes, como señala el autor de una de ellas, Salvador Forner, el examen de «un aspecto o período de nuestra realidad histórica tomando como eje la trayectoria de un determinado personaje» y «la combinación del enfoque biográfico con métodos de análisis social y político (lo que) permite un tratamiento narrativo y a la vez estructural en el estudio de las individualidades históricas», haciendo así posible una renovación del género sin abandonar sus valores clásicos. Tal carácter tiene, en efecto, *Canalejas y el partido liberal democrático*¹⁷, de Forner, al situar al político español, junto a los Asquith, Waldeck-Rousseau, Combes o Giolitti, en el proceso de renovación del liberalismo europeo que tiene lugar entre 1900 y 1914. Cuando Canalejas accede al poder en 1910 –fecha con la que concluye el libro– era «el único político español capaz de hacer frente a la gobernación del país, con el menor riesgo para la estabilidad política de la monarquía». Dos especialistas en la historia del pensamiento económico español, Vicente Llobart y Luis Perdices, escriben, respectivamente, *Campomanes, economista y político de Carlos III*¹⁸ y *Pablo de Olavide*¹⁹, aportaciones sustanciales al conocimiento de la Ilustración española, en cuyos proyectos está el origen de nuestra contemporaneidad, vista desde las ideas y la praxis política de dos de sus más destacadas figuras. *Antonio Maura, una biografía política*²⁰, de Javier Tusell, examina pormenorizadamente la trayectoria pública de uno de nuestros más controvertidos políticos, «liberal sincerísimo» que, con mayor o menor acierto, intentó dotar de autenticidad a la política española. Mercedes Cabrera en *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*²¹ muestra la personalidad, encuadrada en su momento histórico de quien, ingeniero vasco nacido en Madrid, dejaría una huella importante tanto en la vida económica –fundador en 1901 de la Papelera Española– como, vinculado a Ortega y Gasset –«El Sol», Espasa Calpe– en la vida cultura española. En fin, el régimen del general Franco y la personalidad del dictador adquieren nuevas precisiones con los libros del S. G. Payne, *Franco. El perfil de la Historia*²² Paul Preston, *Franco, Biografía de un dictador*²³, ampliamente documentado, «gran ejercicio de de-

14. Madrid, 1994.

15. Madrid, 1994.

16. Madrid, 1994.

17. Madrid, 1993.

18. Madrid, 1992.

19. Madrid, 1993.

20. Madrid, 1994.

21. Madrid, 1994.

22. Madrid, 1992.

23. Barcelona, 1994.

molición de todo lo que en su día pudo constituir el mito de Franco» (Fusi); J. Tusell, *Franco en la Guerra civil. Una biografía política*²⁴, respuesta basada en material inédito a la pregunta: ¿cómo se convirtió Franco en dictador? *El general Batet*²⁵, de Hilari Raguier, es el retrato de un militar ejemplar, catalán, buen profesional, católico, fiel a España y a la República, víctima del encono personal del dictador. A la fecundidad de Tusell se debe también Carrero. *La eminencia gris del régimen de Franco*²⁶, análisis –basado, como es habitual en el autor, en fuentes no utilizadas hasta ahora, entre ellas el archivo privado del propio almirante– del carácter y de la contribución al régimen franquista de quien fue una de sus figuras claves.

Cabe concluir esta descripción sumaria –de la historia conceptual y de la nueva historia económica a la biografía como forma de conocimiento de un período histórico, pasando por la historia estructural con más o menos elementos narrativos– de algunas obras destacadas de nuestra historiografía reciente, en la que, sin duda, faltan *narraciones* en el sentido riguroso del término, al predominar la dimensión analítica sobre la propiamente narrativa al organizar el material²⁷, con un libro: *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la reforma interior a la Revolución de julio de 1909*²⁸, de Pere López Sánchez. Texto notable –dejemos a un lado la «verdad» de su contenido– por la forma. Se trata de mostrar la ciudad, rehabilitando la memoria, «como resultado histórico de la dialéctica de relaciones de propiedad, poder y supervivencia, a partir de la revolución industrial muy marcada por la lucha de clases proyectada sobre el tejido urbano». Las reglas críticas del oficio de historiador dejan paso a la teoría –«Renunciar a la teoría explícita es renunciar al desafío de efectuar intervenciones conscientes y creativas en la construcción de geografías futuras»– y, en definitiva, al lenguaje, con el recurso consciente a la metáfora: «a veces vale más una metáfora que mil imágenes», dice el prologuista, Vázquez Montalbán, quien, con sensibilidad nos advierte que ya el título de la obra parece «poemario de artista adolescente». Experiencia interesante, mas ¿no permite advertir un camino que lleva indefectiblemente al fin de la historia como disciplina?

24. Madrid, 1992.

25. Barcelona, 1994.

26. Madrid, 1993.

27. Nada semejante, por ejemplo, a *San Nicandro. Histoire d'une conversion* (París, 1993), de Elena Cassin, o *La caída de París, 14 de junio de 1940* (Barcelona, 1993), de Herbert Lottman.

28. Madrid, 1993.